

Entrevista con el condenado
por Manuel Álvarez Mencía, Ph.D
Editado por LurkersAtTheThreshold

*«Cada uno es su propia prisión, cada uno es su propio
guardián y cumple su propia condena.»*

Charles Manson

* * *

El individuo figura como Eric Teobaldo Krause Eyzaguirre y tiene veintiún años. Es un caso excepcional y quizá el más complejo que me ha tocado abordar. A pesar de que veo a Eric como una víctima, hay algo en su forma de hablar que me hace pensar que quizá él también pudo haber sido el victimario.

Entro a la sala para la entrevista, es un lugar sin ventanas ni espejos: una pared blanca, un suelo enmoquetado y una mesa con dos sillas dispuesta para nosotros. Al entrar, Eric ya está sentado en una de ellas. Sus piernas están abiertas, pero ligeramente chocando con sus tobillos. Puedo ver que tiene los brazos en una postura que da a entender que está esposado. Pero no lo está.

—Hola —le digo con cierta calma—. ¿Eric?

Asiente.

—Soy el Dr. Álvarez Mencía. ¿Tu psiquiatra de cabecera te dijo que...?

Interrumpe abruptamente, pero sin inmutarse y con una total calma.

—Usted no me agrada. La verdad, nadie aquí me agrada. Sinceramente, solo quiero salir luego de acá y accedí a esta entrevista porque, si tengo suerte, me darán el alta el lunes.

Asiento y, tratando de entender su posición, comienzo a revisar la pequeña ficha clínica que se me ha facilitado. Si bien no es la ficha completa del paciente, ofrece una perspectiva de su historia. Sin embargo, quiero escucharla de su boca. Sé que, si me dejo llevar por los pragmatismos del psiquiatra contemporáneo, terminaré por saturarlo, pero quiero saber la verdad.

—En realidad, solo quiero conversar contigo —digo, dejando a un lado la ficha y cubriéndola con el folio que la sujeta—. Entiendo que este lugar no te guste; a nadie le agrada estar en un lugar así.

—No me dejan hacer nada. Con suerte puedo fumar —dice, resentido, pero con un tono de melancolía—. Créame, no estoy loco e incluso, de estarlo, trato de aferrarme a la lógica y al lado racional de las cosas.

Me inclino, tratando de prestar una escucha asertiva genuina a lo que me está contando. Esto es lo que me interesa.

—Me dijeron que tienes trastornos del sueño, pero, dejando de lado las terminologías, ¿qué sueñas exactamente?

En ese momento, Eric sonríe.

—Esa es la razón por la que estoy acá. Pero, por más que les diga que sé que son solo sueños, insisten en que hay algo más tras ellos. ¿El loco soy yo o son ellos tratando de descifrar algo que ni los dioses pueden?

Esbozo una sonrisa.

—¿Dioses?

—Sí, dioses. ¿Por qué habría de haber solo uno? Incluso dentro de su canon bíblico, se menciona a los falsos Baal. El tema es que el cristianismo, como todo culto, usa ciertas reglas a su conveniencia para adormecer las mentes de la gente.

—¿Lees a Marx? —le pregunto.

—No, no soy comunista. Ni tampoco religioso... Bueno, quizá sí.

Decido que debo de reencauzar la conversación.

—¿Y qué son esos sueños exactamente? Puedes contármelo, está en la ficha —digo poniendo mi mano sobre ella—, pero quiero que me lo cuentes tú mismo, si puedes.

Eric mira a ambos lados y, cabizbajo, dice:

—Oscuridad y nada más —su tono que le confiere cierta ominosidad—. Una oscuridad que me recuerda al más allá de donde se proviene... el vientre materno.

Su respuesta me causa un repentino sopor y una fascinación que llegan a preocuparme. En base a los conocimientos que ya poseo, siento que puede que también yo me esté sugestionando.

—¿Y solo es oscuridad o hay algo más? —pregunto.

Menea la cabeza, riendo.

—Incluso la oscuridad más absoluta puede transmitir sensaciones, como una sinestesia, ¿así le llaman, no? Bueno, una sinestesia de las tinieblas, pero dicho así suena como relato de terror. Sin embargo, creo que mi mente, al encontrarse en tan absoluta oscuridad, trata de darle forma a su mundo, como si fuera un dios, pero he ahí el dilema...

Hace una breve pausa y me mira, con aire taciturno:

—Yo no soy ningún dios, solo soy un humano. Es la debilidad del espíritu de muchos lo que les impide ver lo que es realmente. No es nada. No hay nada... pero su mente no lo comprende y desdibuja rostros en la oscuridad —dice, para luego cruzar sus piernas y mirar a la luz del techo—. Por un momento ves todo negro y luego te encuentras caminando en una calle oscura; puedes ver extrañas siluetas que se vuelven personas y, cuando menos te das cuenta, estás soñando.

Ahora mueve sus brazos y abandona esa postura de esposado. Pone ambas manos sobre la mesa y, apoyándose en los codos y viéndome fijamente, dice:

—El tema es que incluso en el sueño profundo solo veo esa oscuridad, con contadas excepciones... pero usted sabe que tengo una madre que me guía.

Estoy atónito. Escucho cada palabra de Eric embelesado por su léxico y, sobre todo, por su timbre vocal. Aunque dice cosas extrañas, no habla como lo haría un loco. Además, hay algo en este paciente que me provoca una extraña simpatía.

—¿Madre? —pregunto—. ¿A qué te refieres con madre?

Sonríe y ríe levemente.

—Mi madre, ya sabe —dijo, adoptando una postura relajada con los brazos—. Ella es quien me internó acá... por mi bien...

No puedo evitar exteriorizar mi nerviosismo. ¿Realmente se referirá a su madre? ¿O está hablando de otra cosa? Cosas como esta me hacen cuestionarme si el haber estado expuesto al *Liber Veneris* y a sus tantas versiones, así como a los *Manuscritos Olleros*, me ha vuelto igual o más chiflado que algunos cultistas. Pero, de haber un culto a la diosa del *Liber Veneris*... pues Eric, sin lugar a dudas, sería su predicador. No puedo contener un cierto nerviosismo. Aunque lo que veo como un muchacho frágil y delgado, puedo ver en sus cuencas y ojeras una oscuridad que no necesariamente me transmite algo siniestro, pero sí una decadencia. Me digo para mis adentros que así se debe sentir estar maldito.

—Una última pregunta, Eric —digo tratando de disimular mi inquietud.

Tomo el folio y extraigo una hoja en blanco con una sola pregunta. Luego, saco un lápiz y se lo muestro antes de pasárselo.

—Tú sabes que por protocolo no puedo entregarte esto, pero te noto calmado.

—Lo estoy —responde.

—Entonces necesito que rellenes este pequeño formulario; solo tiene una pregunta —digo, mientras le pasaba el lápiz y la hoja—. El Dr. Thoss me lo hará llegar y, sinceramente, viendo tu conducta y capacidad de raciocinio, me encargaré de que salgas este mismo lunes de aquí.

Me pongo de pie y me despido con un ligero movimiento de mi mentón. Le sonrío nuevamente; no puedo evitar sentir su fragilidad.

—Hasta luego, Eric —murmuro.

Entonces, el enfermero de turno entra y Eric, aún calmado, comienza a rellenar el formulario con una rapidez y frenesí, como un artista a quien lo ha inspirado la musa. Pero el nerviosismo solo se apreciaba en sus manos, su cuerpo y su rostro mantienen una extraña serenidad.

* * *

A modo de anotación decir que, tras aquello, jamás volví a ver a Eric Krause. Como ya es de sobra sabido, se suicidó en diciembre del año dos mil veintitrés. Tras haber estudiado con extremo detalle los relatos que Eric escribía en su tiempo libre, así como su poesía y sus dibujos, y en parte para limpiar la imagen ominosa que la revista sensacionalista *Shangri-La 93* creó en torno a él al publicar su propia nota de suicidio casi como si de un relato se tratase, siento que es mi deber moral, mostrar lo que realmente pensaba Eric.

La pregunta que llevaba la hoja que le entregué tenía era simple y directa: «¿En qué crees?». Con una letra elegante y manuscrita, ligada y con una caligrafía cuidadosa, respondía así:

*Creo en lo que veo. Veo al hermano del ángel de la muerte
todas las noches. Ningún hijo divino se comunica a través de
dogmas sin valor, solo a través de la Verdad. La palabra debe
ser verbo. No un sustantivo. No niego que haya un lugar donde
están todos los santos en comunión, porque sin lugar a duda
lo*

*son. Pero siento que el enfoque dogmático del catolicismo,
aun*

siendo muy abierto, delimita mi aproximación.

Ese lugar en lo alto ni siquiera es alto como tal, porque no está en tres dimensiones. Pero si pudiera referirme a él con frecuencias o vibraciones, diría que quizá sí son altas y especiales. A diferencia de aquellos que lo que sentimos constantemente es un inframundo. Como un mundo que no se ve, pero puedes sentir. Se puede sentir ese inframundo como estado

mental y los muertos del mismo. Homicidas y víctimas. El Hades

es un estado mental. Y en el momento en que nuestra consciencia

se apaga, Oblivion. Olvido. Y ese es nuestro perdón. El olvido.

Todo lo que pasamos en el Hades lo purga la muerte. O al menos

para los que estamos en este inframundo. Y así como está el Olvido para el proscrito, me gusta pensar que hay otro lugar, quizá igual de eterno, donde aun muriendo vives, y en una plenitud que trasciende la felicidad, porque la felicidad es un instante y eso es Eternidad.